

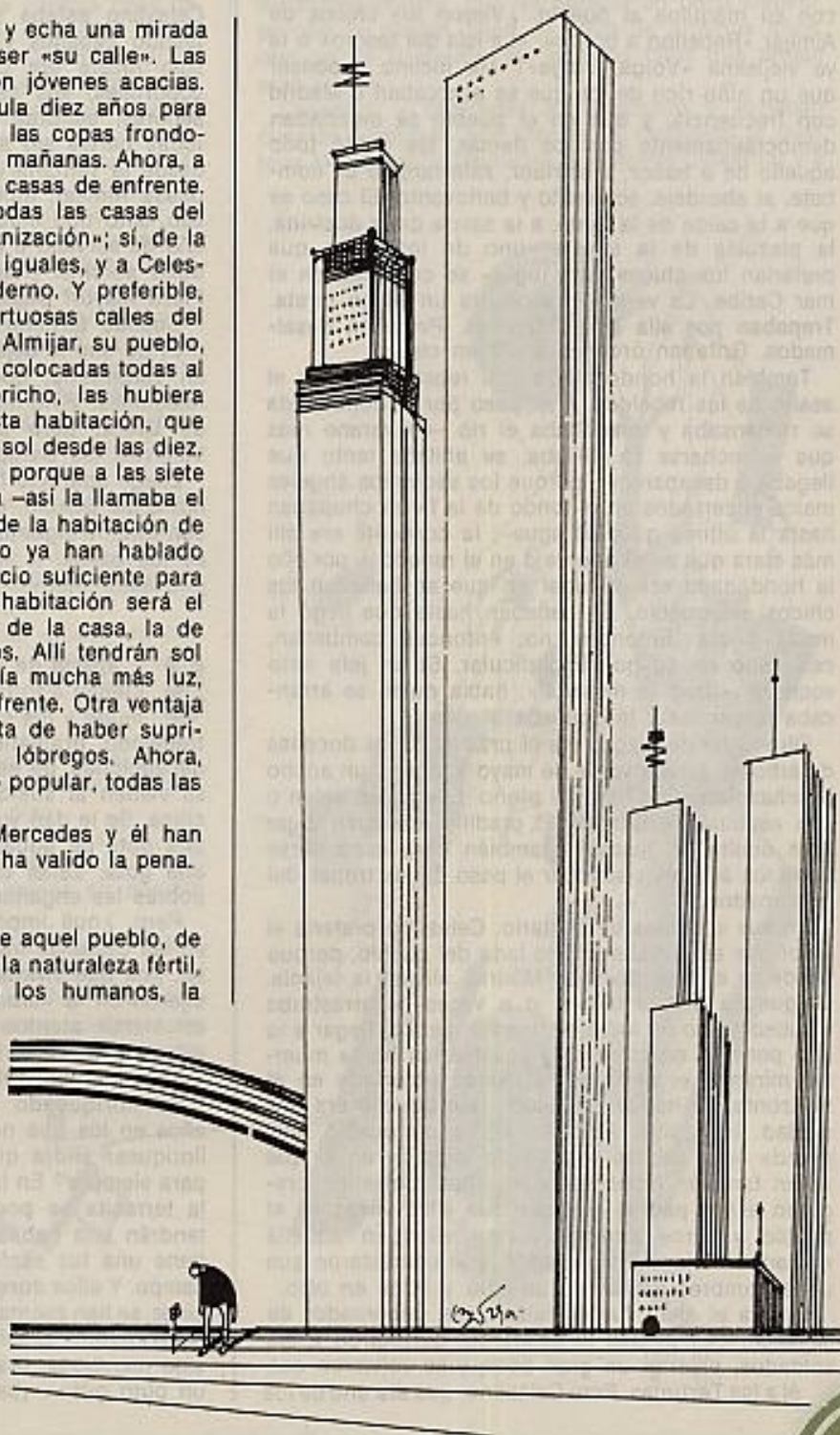
DESDE LAS VENTANAS

F. FERNAN GOMEZ

ABRE la ventana, se asoma y echa una mirada a la calle, a la que va a ser «su calle». Las aceras están arboladas con jóvenes acacias. Hombre, al fin, del campo, calcula diez años para que los troncos sean robustos y las copas frondosas. En su piso dará el sol por las mañanas. Ahora, a las cuatro de la tarde, da en las casas de enfrente. Son todas iguales a la suya. Todas las casas del barrio —mejor, pensó, de «la urbanización»; sí, de la «Urbanización Cosmópolis»— son iguales, y a Celestino no le parece mal: es lo moderno. Y preferible, desde luego, a las viejas y tortuosas calles del Madrid viejo o a las casuchas de Almiar, su pueblo, cada una de una altura distinta y colocadas todas al azar, como si alguien, por capricho, las hubiera dejado caer desde arriba. En esta habitación, que será la de Mercedes y él, dará el sol desde las diez. Celestino no lo disfrutará mucho, porque a las siete tiene que irse al tajo. La terracita —así la llamaba el hombre que les enseñó el piso— de la habitación de al lado, no es muy amplia; pero ya han hablado Mercedes y él de que tiene espacio suficiente para plantar bastantes geranios. Esa habitación será el comedor-estar. La del otro lado de la casa, la de junto a la cocina, para los chicos. Allí tendrán sol por la tarde, y durante todo el día mucha más luz, porque no hay construcciones enfrente. Otra ventaja de la edificación moderna es ésta de haber suprimido aquellos patios angostos, lóbregos. Ahora, hasta en un barrio —urbanización— popular, todas las habitaciones son exteriores.

Ha esperado más de diez...; Mercedes y él han esperado más de diez años, pero ha valido la pena.

MUCHAS cosas caían lejos de aquel pueblo, de Almiar: el clima templado, la naturaleza fértil, la riqueza, el amor entre los humanos, la igualdad, el champán, el psicoanálisis, la melodía del jazz, las ciencias y las artes..., en fin, tantísimas cosas. Pero una de las que caían más lejos era el mar. Y, sin embargo, todos los chicos del pueblo eran piratas. Cuentos de piratas no les habrían contado las madres o las abuelas junto al hogar o a la cabecera de la cama, ni entre risas maliciosas las mozas más abiertas, por ver si estaban picardeados o se les subía la color o redondeaban ojos de



DESDE LAS VENTANAS

santa simpleza. El pueblo caía muy a trasmano de Salgari y, más aún, de Stevenson. Incluso del TBO, que a la mayoría de los chicos les valía sólo para mirar las estampas. Tampoco en la radio del bar «El Recreo» en aquella época echaban novelas. Debí de ser cosa de los pelicularos, que cada domingo llegaban con su máquina al pueblo. ¿Vieron los chicos de Almiar «Rebellón a bordo», «La isla del tesoro» o la ya viejísima «Volga, Volga»? Me inclino a pensar que un niño rico de los que se acercaban a Madrid con frecuencia, y que en el pueblo se mezclaban democráticamente con los demás, les contó todo aquello de a babor, a estribor, zafarrancho de combate, al abordaje, sotavento y barlovento. El caso es que a la caída de la tarde, a la salida de la doctrina, la plazuela de la iglesia —uno de los sitios que preferían los chicos para jugar— se convertía en el mar Caribe. La verja del atrio era un barco pirata. Trepaban por ella ágiles, feroces. Peleaban desalmados. Gritaban órdenes a voz en cuello.

También la hondonada sufrió repetidas veces el asalto de los rebeldes. A su paso por la hondonada se remansaba y estrechaba el río —en verano más que estrecharse se ahilaba, se ahilaba tanto que llegaba a desaparecer, porque los sedientos ángeles malos encerrados en el fondo de la tierra chupaban hasta la última gota de agua—; la corriente era allí más clara que en el puente o en el recodo, y por ello la hondonada era el lugar en que se bañaban los chicos del pueblo. Se bañaban hasta que llegó la moda pirata. Entonces, no; entonces combatían, cada uno en su goleta particular. Si un jefe nato vocífera: «¡lad la mesanal», había quien se arrancaba la camisa y la ondeaba al viento.

Otro lugar de juegos era el pradillo. Unas docenas de árboles, hierba verde de mayo a junio y un ancho brochazo amarillo hasta el otoño. Luego, un belén o una esquina de Siberia. El pradillo era buen lugar para ocultar el tesoro y también para esconderse entre los árboles y acechar el paso de las tropas del gobernador.

En sus correrías de solitario, Celestino prefería el alcor que se elevaba al otro lado del pueblo, porque desde lo alto se divisaba Madrid, allí en la lejanía. Galgaba por la ladera, o a veces se arrastraba sinuoso como un indio rastreador, para al llegar a lo alto ponerse en cuclillas y pasarse las horas muertas mirando el perfil de la ciudad recortado en el horizonte. Le habían explicado que aquello era una ciudad, la capital. Algo así como un pueblo muy grande —por eso se veía desde lejos— y en el que vivían también hombres como ellos. Celestino preguntó a sus padres que por qué ellos vivían en el pueblo y otros hombres como ellos en aquella ciudad tan lejana y tan grande, y le contestaron que unos hombres nacían en un sitio y otros en otro.

Un día el alcor fue el palacio del gobernador de Jamaica. Los piratas lo asaltaron, derrotaron a los soldados, pillaron un gran botín y se volvieron con él a las Tortugas. Pero Celestino, que era uno de los

piratas vencedores, no quiso volver a las islas. Se quedó solo en el palacio conquistado. Y desde una de las ventanas más altas miraba Madrid en el horizonte. Como el sol ya estaba tendido, la ciudad parecía un incendio.

Le tocó la mili en caballería, en Alcalá de Henares. Celestino estaba muy contento, muy feliz, fregoteando caballos y boñigas de caballo, porque no sólo Alcalá era una ciudad con sus calles, sus soportales, sus comercios, su enorme plaza, sus señores, señoras y señoritas que circulaban por todas partes sin saludarse unos a otros, sino que desde la ventana del cuartel se veía Madrid, como desde Almiar, aunque por el otro lado. Y no sólo eso, sino que muchos domingos de aquel glorioso año de servicio a la Patria, los pasó en Madrid con otros sorchis. ¡Aquella calle de Carretas! ¡Aquella Plaza Mayor! ¡Aquella Gran Vía!

Cuando terminó el servicio, convenció a sus padres de que le dejaran ir a Madrid a buscar trabajo, en carpintería, que era lo suyo, porque ya tenía relaciones. Vivió malamente en chabolas de más allá de Usera; pero para él el barrio de La China, Vallecas, los Carabancheles, eran la ciudad.

Luego apareció Mercedes... Antes fue Eleuteria, la novia del pueblo, que, cansada de esperar, se casó con otro. Y algunas más, de las que se encontraban en los bailes. A varias putillas de San Marcos les juró amor eterno. Pero apareció Mercedes.

SE aparta de la ventana porque ha oído voces. Llegan a lo que será el dormitorio principal su mujer y los críos. Ha ocurrido algo espantoso, tremendo, dramático. Años y años de ilusiones, de decepciones, de esperanzas, de fracasos, de logros, se vienen al suelo. El grifo del fregadero no funciona. Se le dan vueltas y vueltas, y nada, no sale ni una gota de agua. Bueno, una gota, sí, pero sólo una gota. Estas casas baratas, ya se sabe. A los pobres les engañan siempre.

Pero, ¿qué importancia puede tener eso? Hasta en las casas de los ricos se estropean los grifos. Si no, ¿de qué vivirían los fontaneros? Además, ya les dijeron en la «urbanizadora» que los primeros días estuvieran atentos a todo, y que al primer fallo, avisaran. Pues se llama, y ya está.

Pero Mercedes lloriquea.

Ha lloriqueado mucho durante todos aquellos años en los que no tenían piso. ¿No va a dejar de lloriquear ahora que están en su casa, «su casa», para siempre? En la alcoba entrará la luz del día. En la terracita se podrán plantar geranios. Los críos tendrán una habitación para ellos solos. La cocina tiene una luz espléndida, porque la ventana da al campo. Y ellos durante años han pateado muchas oficinas, se han asomado a muchas ventanillas, han rellenado infinitos papeles, han pedido, han suplicado, han sido mendigos, tiralevitas, lameculos... Y ahora, por un puto grifo... ¡basta de lloriqueos coño!

A Mercedes, que era de un pueblo de Extremadura, también le gustaba la ciudad. Aquella era vida de personas, no de animales o de esclavos. Pero, por encima de todo, Mercedes quería una casa, una casa para ella, para su hombre y para sus hijos. Estaba harta de vivir de criada. Tampoco le tiraba la vida de pensión; no le parecía cosa de mujeres. El barrio de chabolas en que vivía Celestino, a pesar de la miseria y la cochambre, lo encontró alegre y acogedor. Aunque se notaba que en la de Celestino vivían dos hombres solos, porque era de las pocas que no tenía flores.

La idea de la chabola fue enérgicamente rechazada por Celestino. Era un obrero cualificado, y cuando se casase no podría seguir viviendo así.

Abandonó la chabola y se alojó en un cuartucho de Tetuán de las Victorias, porque le pillaba cerca del taller. Pero aquel barrio se parecía demasiado a un pueblo, a su pueblo, a Almiar. No paraba en el cuarto ni el barrio. En cuanto acababa el trabajo se iba a Cuatro Caminos y después atravesaba la ciudad de parte a parte para buscar a Mercedes, que servía en el barrio de Narváez, y paseaban por Ibiza o por General Mola entre los árboles de los bulevares. Echaban cuentas.

El noviazgo fue largo, larguísimo, interminable.

En cierta ocasión —Celestino prefiere borrarla de sus recuerdos— encontraron un piso interior, pequeñísimo, dentro de sus posibilidades. Pero se cerró el taller, y hubo que aplazar la boda.

El paro duró poco, porque él se colocó en una fábrica de muebles del pueblo de Leganés. Todas las tardes volvía a Madrid, daba un paseo con Mercedes y cruzaba la ciudad para irse al otro pueblo, como él decía, a Tetuán.

Al fin decidieron irse a vivir juntos, realquilados. Habitaba allí un matrimonio en sus mismas condiciones, más la familia dueña del piso.

Los ahorros crecían, pero el tiempo pasaba.

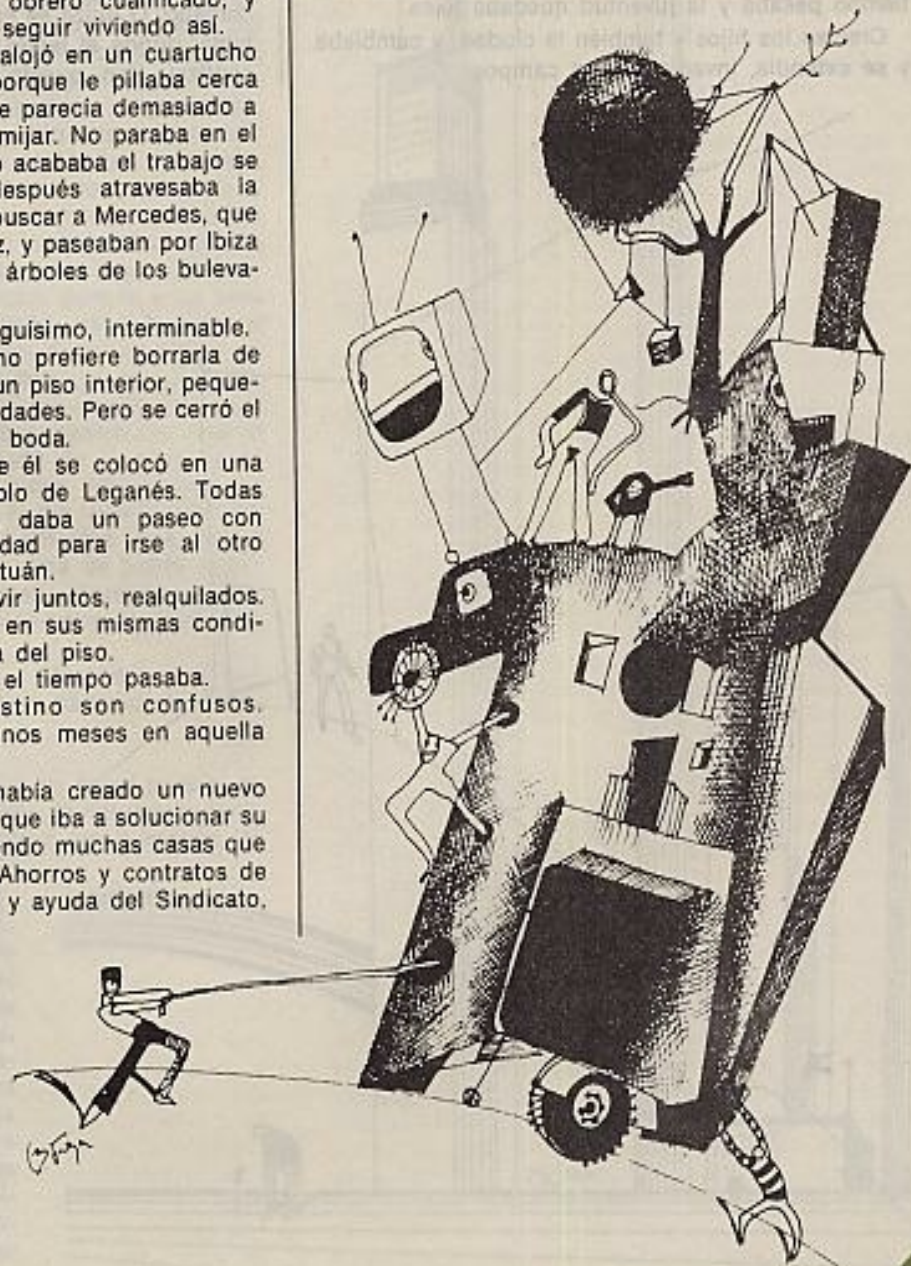
Los recuerdos de Celestino son confusos. ¿Cuándo vivieron durante unos meses en aquella pensión?

Se enteraron de que se había creado un nuevo ministerio, el de la Vivienda, que iba a solucionar su problema. Estaban construyendo muchas casas que con créditos de la Caja de Ahorros y contratos de trabajo y avales del patrono y ayuda del Sindicato, eran asequibles.

Aquí empezó lo de patear oficinas y suplicar y asomarse a ventanillas y hacer de tiralevitas y lameculos. Mercedes visitó a uno de sus señoritos, el que había estado en la División, y al otro, al abogado que fue alférez provisional. Celestino se acordó de aquel primer patrono suyo al que daban tanto trabajo los curas.

Se construían viviendas para militares, para funcionarios, para empleados y también para obreros. La cosa estaba cerca. Algunos compañeros, igual de desgraciados que ellos, iban encontrando donde meterse. Pero a Celestino no le dieron el piso que ya habían visto, porque era soltero. Se casaron, y no les dieron el otro, que les parecía un poco alejado, porque no tenían hijos. Al cabo de algunos años, otro no se lo dieron por que los hijos que tenían eran pocos.

Celestino y Mercedes se paseaban y echaban cuentas, sumaban sus ahorros. A Celestino le gustaba Mercedes, a Mercedes le gustaba Celestino y a



DESDE LAS VENTANAS

los dos les gustaban los hijos. Ya sabían ellos que había que tener muchos. Pero si tenían más, se les iban los ahorros, los ahorros para la casa, para «su casa».

Alquilaron un piso a medias con otra familia. Las mujeres se llevaron a matar. Se agrió el dulce carácter de Mercedes. No soportaba compartir la vivienda. Aquello no era vida. El otro matrimonio tenía tres hijos y una suegra. Vivían amontonadas diez personas en dos habitaciones.

Ya tenían los hijos suficientes, y seguían rellenando papelotes, asomándose a ventanillas. El tiempo pasaba y la juventud quedaba lejos.

Crecían los hijos y también la ciudad, y cambiaba y se extendía, invadiendo los campos.

A unos compañeros de trabajo les dieron un piso en Alcorcón. Tiempo después, a otros les dieron uno en Móstoles. Eran pisos modernos, en barrios trazados a cordel, con balcones-terraza, con ascensor.

Por fin, a ellos les dieron uno en la «Urbanización Cosmópolis».

CELESTINO suele llegar a su casa poco antes de la atardecida. Al salir del trabajo ha de coger el metro, después un autobús y luego recorrer un gran trecho a pie. Los críos están a estas horas jugando en la calle o en algún solar cercano. O quizá se hayan alargado hasta la hondonada, donde el lecho del río ya no es más que un cantizal. Han puesto allí un chiringuito que está cerrado en otoño y en invierno, pero durante todo el año la hondonada es el vertedero de la «Urbanización Cosmópolis». Esto a los críos les importa poco: pueden encontrar algún tesoro de piratas escondido entre las basuras. Donde no juegan ya es en el pradillo, porque han talado los árboles y están construyendo.

Mercedes cuida los geranios de la terracita o, sentada en una de las dos sillas que caben, remienda la ropa. A veces, se queda sin hacer nada, mano sobre mano. Se encuentra bien así, viendo la calle arbolada con acacias, desde su casa.

Celestino la acompañará un rato. Se sentará frente a ella a mirar el periódico, a hacer tiempo para bajar a la cafetería donde acostumbra echar una partida a la máquina o al dominó con los amigos. Pero antes, le gusta ir a la otra parte de la casa y asomarse a la ventana de la cocina o a la del cuarto de los chicos. Y allí, en lo alto del alcor, se queda un buen rato, fuma un pitillo, y contempla la ciudad en el horizonte. ■ F.F.G. (Ilustraciones de JOAN CRUPINERA.)

